

## LUIS A. SURRACO

(1882-1970)

Dr. Jorge Lockhart \*

De su biografía se debe destacar: 1º) Practicante Interno de Canessa, Soca y Navarro, 1908-1910. Médico Interno del Asilo por Concurso y el Médico Interno del H. M. sustituyendo a José Mondino.

En 1912 ganó una Beca y se embarcó para Europa en enero de 1912. Llegó en pleno auge de la "Belle Epoque", el París del Maxim's del apogeo de los Bulevares, de los Champs Elysses, de la Opera y de la Comedie Francaise. Ahí actuba la Divina Sara Bernhardt que llevaba su histrionismo a colocarse antes de su actuación en el tercer acto agujas en la boca que lastimaban su paladar y de ese modo podía sacar después de unos buenos golpes de tos su pañuelo ensangrentado en los momentos culminantes de sus grandes triunfos como Margarita Gautier. La hemoptisis era entonces evidente. En definitiva el apogeo de París, de sus escritores, de sus periodistas, de sus vedettes y sobre todo de su Medicina. Surraco vivía en una buhardilla del "Quartier Latin". Pudo así ahorrar el dinero que le correspondía por su Beca y en cambio gastar el sueldo que había ganado durante su internado en Montevideo. Muchos de sus estudios en París compartió con Eduardo Lorenzo algo mayor que él y que fuera después un distinguido especialista. Igualmente otros uruguayos como Asnares, Arcos Pérez, Alberto Vázquez Barrera y Carlos M. Sorin compartían los pocos instantes de jolgorio que les permitía su trabajo intensísimo casi fulltime. Su gran diversión (gratuita) era concurrir de mañana los domingos a los Conciertos Sacros en Notre Dame o la Sainte Chapelle. Fue discípulo de Motz, Legueu, Papin, Ambard, pero sobre todo su gran Maestro fue Henri Marion que le enseñó fundamentalmente los principios primordiales de la cirugía prostática. Aprendió el taponamiento compresivo de la logia prostática y el uso sistemático del tubo de Freyer que Marion modificó agregándole un tubo lateral mucho más fino y que permitía hacer el lavado vesical cuando era necesario. De este modo la mortalidad consecutiva a la adenomectomía prostática bajó al 2 o 5 %. En el año 13 concurre también a las Clínicas Urológicas y quirúrgicas de Alemania: Bier, Pirk, Israel, Zuckerkandi. Aprendió la operación de nefrectomía con anestesia regional.

Se casó en París pero la guerra que comenzó el 14 obligó su vuelta a Montevideo. En aquella época los

\* Jorge Lockhart. La Historia del Hospital Maciel 1982. Páginas 96-194.



Luis A. Surraco (1882-1970).

uruguayos que habían permanecido en Clínicas extranjeras eran muy publicitados y al otro día de su llegada, la clientela desbordaba la Sala de espera y llegaba a la puerta de calle.

En 1918 fue por Concurso Prof. Agregado de Patología Externa y en 1922 el primer Profesor Titular de Urología

de nuestro F. de M. En esos momentos actuaba en una Sala que le había cedido el Prof. Navarro y recién en 1931 tuvo su Servicio de Urología en la actual Sala Cabrera, luego que se retirara el Prof. Canessa. Fundó la Sociedad Uruguaya de Urología así como su revista. En 1935 figura como uno de los fundadores de la Confederación Americana de Urología, junto con Díaz Muñoz (Chile). Cumplido de Sant'Anna (Brasil), Figueroa Alcortá y otros (argentinos) etc. Fue relator Oficial de la Confederación en los temas tuberculosis genital, tuberculosis urinaria, ángulo izquierdo del colon y su relación con los tumores del hipocondrio. Tuvo una actividad internacional muy importante en los Congresos Franceses durante 30 o 40 años. Relator Oficial en Nueva York en 1951 con el tema "Cáncer de vejiga" en el Congreso Internacional y en múltiples Congresos, en Buenos Aires, Rosario, Santiago, Lima, y después en Congresos de Hidatidosis y sus trabajos están citados en toda la bibliotecografía internacional. En esta disciplina actuó en los Congresos de Argelia y Grecia. En París recibió la condecoración proporcionada por su larga actuación y que significó ser distinguido por la Legión de Honor. Fue designado Académico Titular y Miembro de Honor por Instituciones diversas: París, Río, San Pablo, Buenos Aires, Lima, etc.

Del resto de sus trabajos se deben distinguir por su originalidad: Torsión funicular. Riñón descendido y periduodenitis, Traumatismos de Bolsas, Orquitis urleanas, etc.

En definitiva una actividad docente y científica ininterrumpida de un hombre que parecía incansable.

En 1952 fue designado Profesor Emérito de la F. de M. Su actividad asistencial y en Congresos se prolongó hasta muy cerca de su fallecimiento con más de 80 años de edad, en 1970.

Cabellera totalmente blanca; breve bigote igualmente blanco que desapareció después de los 50 años, lentes quevedo, montados al aire, cuello duro militar con moña negra y que lo acompañó en toda su vida, bofas de caña alta, totalmente abotonadas, también eternas. Su estilo de

docencia era completamente original, sus clases son inolvidables para una gran cantidad de generaciones que pasaron por su Clínica. La semiología de las Hematurias, de las retenciones de orina, de las tumoraciones del hipocondrio y del hipogastrio eran de una extraordinaria claridad para el entendimiento de sus discípulos. Pero la maniobra clínica de la cual había hecho un verdadero arte por su inocuidad por la cantidad de detalles que permitía obtener era el tacto rectal. Maniobra soberana cuyo símbolo podemos verlo representado en la hermosa pintura de Leonardo Da Vinci de San Juan Bautista que se repite otra vez con ambas manos en otra pintura que sobre Baco hiciera el gran Leonardo.

Fue muy controvertido y en su actuación se creó a veces problemas que no siempre tenían una raíz profunda. Podía hacer una observación muy seria y a veces áspera a su ayudante o a un enfermo. Sin embargo no quedaba de esa situación ningún resquemor y nunca lo vimos tuviera una acción vengativa y ni siquiera de resentimiento. Su Clínica del H.M. se constituyó con los años en un centro de atracción para Cirujanos y Especialistas extranjeros. Fue así como desfilaron dando Conferencias, operando o viendo actuar al propio Surraco, Ercole y muchos más de la Argentina, Angulo de Perú, Mendoza Catacora de Bolivia, Cumplido de S'Anna, Estellita Linz, Luciano Gualberto, Campos Freire, Athayde Pereira, del Brasil, Braasch Young, Lowsley, Robert Gutiérrez de U.S.A., Lequeu Fey, Küss, Couvelaire de Francia, Puigvert de España, etc.

*Nota de la Redacción.* A continuación se transcribe, lo publicado por Lockhart, en el Libro Historia del Hospital Italiano.

En cuanto comenzó a trabajar en el H. Italiano su fama como urólogo se extendió no sólo a Montevideo. Era frecuente que vinieran enfermos de todo el país y del Sur del Brasil. Llegó a tratar a varios Presidentes de la



República, Campisteguy, Juan J. de Amézaga, Andrés Martínez Trueba, pero indudablemente, José Batlle y don Tomás Berreta fueron los de mayor relevancia. El H. Italiano alojaba a sus múltiples operados a tal punto que Surraco lo había prácticamente transformado en su segundo hogar. A pesar de que compartía las ideas de don Pepe Batlle en cuanto al aspecto religioso, sus relaciones con las hermanas de Caridad eran muy cordiales. Gustaba hacerles bromas y de noche, cuando hacía sus contra-visititas, solía disfrazarse y esconderse para proporcionarles buenos sustos al hacerse presente de improviso. Tuvo una colaboradora imprescindible para cuidar sus enfermos en la Vicaría, la famosa Hermana Querubina.

El año 54, a raíz del fallecimiento de la Hermana Querubina, se le hizo un homenaje al que concurrió una gran asistencia de médicos, enfermos, familiares agradecidos y de los que, de alguna manera, dentro de la colectividad italiana y de los que habían aprendido a admirarla y a quererla. Sobre la entrada de la Sala Felipe se colocó un artístico medallón de mármol con la efigie de la homenajeadada. En un hermoso discurso Surraco expresó, entre muchos conceptos, los siguientes:

"Vistiendo su sayal que es fe profunda no tuvo que mostrarlo ni ocultarlo para actuar en el combate por la vida y, dueña de sí misma, con orgullo comprensivo ocultó el crucifijo que llevaba en su alma y supo mostrar que miraba hacia el cielo, desdobló su yo, acercándose hacia estos púlpitos, los lechos de los enfermos, para entonar ese diálogo que silenciando su fe hizo resplandecer con luz y calor el fuego de su abnegación y de su caridad".

En el H. Italiano y en colaboración con Mezzera y Larghero realizó muchos de sus trabajos científicos.

En 1956, estando en París, al cual asistía casi todos los años participando en el Congreso Francés de Urología hizo una retención aguda de orina. Fue atendido por sus amigos urólogos franceses e internado en un sanatorio. El Embajador uruguayo, entonces el Prof. Abelardo Sáenz, habló de urgencia por teléfono a Montevideo expresando que el enfermo, de cualquier manera, deseaba viajar para ser atendido en su patria. A los pocos días se le permitió hacerlo y fue entonces que cumplió una verdadera performance extraordinaria que ponía de manifiesto los caracteres férreos de su carácter. En los aviones de la época, que tardaban más de 36 horas en el trayecto París-Montevideo; realizó casi todo el viaje parado en el pasillo para así evitar un nuevo accidente vesical. Cuando llegó, su estado general no era, lógicamente, muy apropiado pero, a pesar de sus 74 años, exigió que se le realizara la intervención quirúrgica. En esos momentos ya se efectuaba en un solo tiempo operatorio. Su preparación previa no fue muy completa. Entre otras cosas rechazaba los antibióticos. La noche anterior a su operación fue al restorán El Águila, donde cenó opíparamente y de allí fue a dormir al H. Italiano. La mañana de la operación hizo 50 flexiones gimnásticas. No había permitido que se avisara a su familia ni a sus amigos y sólo aceptó la presencia en la Sala de Operaciones del Prof. Julio García Otero a quien dispensaba un particular afecto. El cirujano que escribe estas líneas, recibió el último informe preoperatorio del anestesista Saúl Caviglia. Tensión arterial 26-15, pulso 100 regular y tenso y un grado de nerviosismo marcado. Era lógico suspender la intervención quirúrgica pero también era muy difícil, prácticamente imposible, convencer a un hombre bastante terco, que deseaba ser operado ese mismo día. En definitiva, se realizó el acto operatorio que tuvo como único testigo a García Otero.

Técnicamente, no hubo inconvenientes y todo se realizó sin problemas.

Todo ello se hizo, por supuesto, porque el enfermo estaba dormido pero en su postoperatorio todo se controló bajo su dirección. En ella no se realizaron los cuidados que él tenía para sus propios enfermos y que había enseñado muy bien a sus discípulos. Por ejemplo, ordenaba lavados vesicales cada dos horas y sin la obvia indicación del cirujano. Tampoco permitía se le dieran antibióticos a pesar de que tuviera temperaturas un poco elevadas. Sólo se pudo conseguir que su amigo Leúnda personalmente le diera cloromicetina I.V. explicándole que, en realidad, se trataba de vitaminas. Cuando repetidamente se le dijo que él nunca conducía un postoperatorio de esa manera aceptó las razones invocadas y suspendió los lavados. Finalmente, era conveniente una transfusión de sangre a la cual se negó al principio rotundamente. Luego aceptó por consejo de Artucio y Leúnda de que se le hiciera pero puso como condición sine qua non que fuera de sangre fresca y en lo posible de un familiar. Su hija, generosamente, proporcionó el precioso material. Cuando llegó el momento de realizarla el Profesor está rodeado por el grupo de médicos consultantes. Estaba frente a un hecho que estaba por consumarse, pero con todo insinuó una negativa que fue rechazada por unanimidad. La transfusión se realizó con todo en calma, el enfermo quieto y tranquilo. En momentos en que había transcurrido más de la mitad de la transfusión, el enfermo, espíritu inesperado en sus reacciones, cerró los ojos e inició una suave queja. "Pulso y presión normales" dijo Artucio y entonces aquel hombre capaz de las expresiones más originales con voz queda pero muy audible expresó: "En estos momentos siento una horrible sensación porque mi cuerpo exhala un profundo olor a mujer". Alusión indudable al origen de la sangre que se le inculaba y que procedía nada menos de su propia hija. Un rasgo de humor negro en aquel hombre imprevisible.

Miembro titular de las Academias de la Argentina, de Río, de San Pablo, y de París, además se le confirió la Orden de la Legión de Honor. Había sido nombrado también Caballero de la Orden del Rey de Italia.

Hombre excepcional, difícil en su trato, conquistó no pocos enemigos pero tuvo también amigos entrañables. Situó una urología uruguaya al más alto nivel en los Congresos Interamericanos, Franceses y Mundiales. Fundó la Sociedad de Urología y su Primera Revista. Falleció en el propio H. Italiano cuando ya había iniciado la declinación inevitable a los 88 años de edad, el 19 de setiembre de 1970.

19 de setiembre de 1970.

Discurso de despedida al Prof. Dr. Luis A. Surraco, por el Prof. Dr. Velarde Pérez Fontana.

"La Dirección del Hospital Maciel, me ha confiado la ineludible y triste misión de despedir los restos mortales de Luis Surraco, que durante más de 60 años fue cirujano de la casa.

En circunstancias semejantes a la que hoy nos llena de congoja, Sanson, cirujano del Hotel Dieu de París, decía del Barón de Dupuytren, gran cirujano, quizás el mejor de todos los cirujanos de su época, fundador de la Clínica Quirúrgica de París: ninguno más controvertido, ninguno más apostrofado que el Barón de Dupuytren, durante los días de su vida, nadie más lamentado, nadie más ensalsado que el barón de Dupuytren después de su muerte. Luis Surraco pasó por la vida con una tesitura de la que jamás se apeó, que provocó la reacción de muchos de sus colegas que no toleraron el brillo de su

actuación inmaculada y la prestancia de su ciencia por nadie negada ni discutida.

Uno de los preceptos de los filósofos presocráticos más sabios llegado hasta nuestros días dice: El carácter es el destino del hombre. Surraco es el ejemplo más típico de esa afirmación, dotado de grandes virtudes personales y adornado de atributos mentales que se destacaron en nuestro ambiente, sus celosos admiradores pretendieron oscurecerlo con la docta ignorancia y la indiferencia, que son los resortes puestos en acción en todos los tiempos y en todos los ambientes, Surraco dotado de una perseverancia que poseen los predestinados, jamás claudicó en sus ideas, ni en su conducta ejemplar de médico y de ciudadano.

Huelga hacer la enumeración de su obra científica conocida de todos en el país y en el extranjero. Ocupó la Cátedra de muchas Universidades y Sociedades Científicas del mundo, pero sus más frecuentadas fueron la Sociedad de Urología de París a cuyos congresos concurrió asiduamente durante muchos años y a la Asociación Internacional de Hidatidología. Fue uno de los más devotos y capacitados colaboradores de la Asociación, concurrió a todos los Congresos Internacionales, donde tuvo preponderante actuación fue en Azul en 1948, estuvo presente en las Jornadas de Pelotas, en Córdoba, Madrid en 1954, en Roma en 1960. En Grecia y Santiago de Chile.

En nombre de nuestros Asociados me inclino severamente ante su cuerpo inerte; Surraco como médico fue un hombre excepcional. Sus características principales fueron la asiduidad y pertinencia en el ejercicio de la profesión en la que puso cotidianamente todos sus afanes. Como Dupuytren exigió mucho de sus pacientes, a los que más de una vez se impuso con la dureza y autoridad que la situación requería lo que fue explicable y legítimo. Ya que se identificó con sus pacientes que jamás abandonó en ninguno de los trances de su dolencia y a los que dedicaba todas las horas de su vida, todas las mañanas sin faltar jamás a la contra visita vespertina.

Surraco fue un estudioso como Farabeuf, sus libros predilectos fueron los enfermos y el cadáver. Fue un observador sagaz que no discriminó entre el caso raro y la afección vulgar. Pasó visita diaria a sus enfermos y realizó personalmente la mayor parte de las operaciones de su Servicio, como los clínicos de la centuria pasada.

Investigó y buscó documentos, técnicas operatorias, dedicando muchas horas a la docencia. Muchas veces le oímos repetir que no debía practicar cirugía quien no fuese conocedor de la anatomía. Como profesor no era un didáctico sistemático de pizarra. Todos los hombres de nuestra guardia aprendieron viéndolo actuar, que es la condición ingente de los grandes maestros.

El vaso colmado de su sabiduría se desborda derramando su ciencia en derredor, de temperamento humanístico como toda la generación universitaria de comienzo de siglo, escribía y hablaba con claridad y galanura. Sus escritos médicos y sus discursos que algún día habrá de recopilar, son prueba de ello. Una oda de Horacio puede ser tomada como señal de su vida. Otimus Divos el poeta latino expone los trances diversos por lo que atravesó su espíritu agobiado por las contrariedades del mundo. *Nihil est ab omnia parte beatum*. Nadie es completamente feliz. Su espíritu inquieto por los problemas del diario vivir y su inquietud intelectual no le concedieron reposo a su mente y a su cuerpo. *Abstuli clarum cita mors Achulem*.

Afligió los últimos años de su vida la desaparición en edad temprana de sus mejores discípulos. *Longe Titonum*

*minuit senectus*. Como el hijo del Rey de Troya, la Provincia le concedió larga vida en premio a sus afanes. Dice la leyenda que Júpiter concedió a Tritón la inmortalidad y alargó sus días pero olvidó conservar la frescura de su cuerpo. Surraco disfrutó de la gracia de conservar hasta el último momento de su vida su gallarda apostura, su cabeza erguida, su semblante sereno y su blanca cabellera impronta que trasuntaba la eterna juventud de su alma. *Et mihi forsitan tibi quod negarit prorrigit* hora. La Providencia le concedió lo que a otros negó, en recompensa de su vida olímpica. Su mundo afectivo en sus últimos años, fue herido de tristeza que explotaba en un estallido de sollozos, pero que no disminuyó su temple de luchador y que disimuló como una prenda divina, señal con que los Dioses marcan a sus hijos predilectos. Puso pasión en la defensa de sus ideas como todos los universitarios de su tiempo, sin mengua de su dignidad y la nobleza de su espíritu. Viene a mi memoria una escena de esa naturaleza del ambiente en que Surraco actuó. Eran días de luchas en la Facultad de Medicina. En el hall de nuestra casa de estudios, discutían acaloradamente problemas del Consejo Mérola, Lasnier y el que os habla. Mérola, despotricaba contra Ricaldoni que era el Decano, que en ese preciso momento se acerca al grupo y puso su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Mérola que seguía vociferando, Mérola sin inmutarse, giró sobre sí mismo y exclamó al reparar su presencia: "que acaso usted alguna vez no vociferó contra su padre". Así fue siempre el ambiente universitario, Surraco luchó por sus ideas y sus planes, fue combatido, aunque jamás desalentado. Hay que mantener a la Facultad para que algún día entre en su carril.

Tuvo respeto por tres grandes ciudadanos de la República que frecuentemente recordaba. Don José Batlle y Ordoñez, a cuya tertulia nocturna concurrió asiduamente durante años, a Francisco Soca en el que evocaba sus incomparables lecciones de clínica y su oratoria y Alfredo Navarro, su único maestro, a quien reverenció toda su vida con filiar sumisión.

El 15 de noviembre de 1917, concurrí por primera vez como estagiario a la Sala de Navarro, en la que hoy soy cirujano. El maestro realizaba una delicada operación que me impresionó y caí desmayado en brazos de Surraco que me reconfortó; desde aquel día hasta hoy cultivamos casi diariamente una invariable amistad y una mutua consideración. Determinismo del destino, Surraco me recibió en sus brazos en la Sala de Navarro y 55 años después me toca a mí darle la despedida en nombre de la casa. En toda la historia de nuestro Hospital de Caridad, Surraco fue el hombre de más dilatada actuación, 60 años consuetudinarios a su servicio. Soy en este momento, el más antiguo funcionario técnico del Ministerio de Salud Pública que me toca heredar su desaparición física.

Amigos, este fue el hombre cuyos despojos entregamos hoy a la tierra.

Surraco, recuerdo con mística congoja lo que fue tema frecuente de nuestros diarios paliques a la salida del Hospital Maciel, donde echaremos de menos vuestra presencia, por no vuestro recuerdo. *Nihil est ante mortem beatum*. Nadie es feliz antes de la muerte.

Ese día, los restos mortales del Prof. Surraco se tuvieron en la puerta del Hospital Maciel. Las enfermeras y empleados del Hospital así como estudiantes y médicos ocupaban la vereda de 25 de Mayo desde Maciel a Guaraní. El Director del Hospital con sentidas palabras llenas de profunda emoción despidió a aquel Profesor que, por más de 63 años había dedicado sus energías, su ciencia a su querido Hospital Maciel.